

la visión general del proceso de la literatura y la cultura de Hispanoamérica. El mismo formalismo afectó la utilización de la filología y la lingüística como elementos de la crítica: la preocupación por la lengua castellana y sus fenómenos dialectales en Hispanoamérica, que Henríquez Ureña elevaba a una visión integral de la cultura, se pulverizó en un cientificismo relativista.

Por esos años, la Guerra Civil española (1936-1939), que conmovió profundamente al mundo hispánico, y motivó la solidaridad con el liberalismo y el socialismo español, compartida casi unánimemente por el poderoso sistema cultural americano —en cuyo marco Henríquez Ureña había defendido la causa de la República— produjo, desde 1940, un alejamiento de la cultura española. De este modo, el interés dominante de aquél por las letras y la cultura de España, que es uno de los ejes de su obra, no fue compartido por las nuevas promociones de críticos, y se atenuó casi hasta desaparecer. Consecuentemente, tampoco lo fue su formulación de un hispanoamericanismo fundado en el cuidado y la transformación del legado hispánico.

Su preocupación por la inserción social de la literatura fue encauzada por otros críticos hacia un sociologismo sistemático, que subordinaba o postergaba los valores estéticos. Hubo otras circunstancias: la investigación, la enseñanza y la crítica de la literatura, acentuaron su especialización y lograron un estatuto científico distinto al de otras disciplinas humanísticas que, hasta ese momento, habían estado íntimamente relacionadas con ella.

Esa especialización se produjo junto a una nueva división del trabajo intelectual. Los escritores se distinguieron de los filósofos, los historiadores y los políticos, y las vocaciones plurales, como las de Leopoldo Lugones, José Vasconcelos o Rómulo Gallegos, fueron cada vez más raras. Casos como los de Ricardo Rojas, Mariano Picón Salas, Luis Alberto Sánchez, Ricardo Latcham y, desde luego, el del propio Henríquez Ureña escasearon definitivamente. Por otro lado, el estancamiento del desarrollo económico y social y una politización suicida, vulneraron gravemente la vida intelectual de Hispanoamérica, y la pobreza y la ideologización expulsaron a muchos universitarios hacia Europa y los Estados Unidos. En este nuevo marco, la crítica literaria, especializada y profesional, acentuó su distanciamiento del compromiso social que la había caracterizado y fue dominada por los profesores universitarios, la mayoría de ellos volcados a la literatura como teoría más que como expresión, y a los enfoques nacionales hispanoamericanos, con poco o ningún interés por una visión continental y, sobre todo, alejados de los problemas políticos y sociales.

Vino, luego, la Revolución Cubana y el auge del marxismo en los medios intelectuales a partir de la década de 1960, que se reflejó en la ideologización de la literatura y su crítica. El punto de vista objetivo y científico

de Henríquez Ureña quedó lejos del universalismo global de este enfoque y de la polarización de los campos culturales.

El psicologismo, por su parte, se canalizó por el psicoanálisis, absorbente y también parcial. Estas corrientes, que coexisten polémicamente, sin que, hasta ahora, ninguna desplace a las restantes, mostraron poco interés en la obra de Henríquez Ureña, que juzgaron anacrónica o meramente informativa, sin conceder mérito a sus valores estrictamente culturales y espirituales.

Esta postergación de su conocimiento y estima, no se manifestó explícitamente, pero se advirtió en el abandono, incluso por muchos que se reclamaban sus discípulos, de los temas españoles y americanos que Henríquez Ureña había frecuentado y, sobre todo, de lo que podríamos llamar su espíritu, es decir, los valores que consideraba sustancialmente unidos a la pura tarea literaria: su nacionalismo hispanoamericanista, su orgullo por la tradición hispánica, su confianza en la capacidad de sus pueblos para afianzar una personalidad propia frente a los poderosos de la tierra, su sensibilidad y su gusto por nuestra América, en cuyo proceso de realización la literatura estaba unida, esencialmente, al ideal social¹³.

Como un ejemplo extremo de esta actitud negativa frente a Henríquez Ureña, es interesante recordar la opinión de la profesora Jean Franco: «Indudablemente se ha abierto un abismo entre la generación nuestra y la de Pedro Henríquez Ureña. La idea de una corriente, de un hilo conductor humano que atraviesa todas las grandes obras, se ha sustituido con una actitud de rechazo radical de lo anterior, de ruptura con el pasado y de discontinuidad. La cultura general se sustituye con la especialización y la autonomía de los distintos conocimientos. La historia ya no es madre de las disciplinas; es ahora un sistema de conocimientos entre muchos otros. Este cambio en nuestra visión del mundo, ha sido admirablemente captado por Edward Said en *Beginnings* (1976), ha afectado profundamente los soportes del humanismo. Ya es difícil reconocer el 'yo' como protagonista principal del mundo, ni el perfeccionamiento del yo como una meta que pueda influir para bien de la sociedad. La cultura, como demuestra Carpentier magistralmente en *El recurso al método*, no conduce al buen gobierno. La cultura clásica, que había proporcionado una mitología común a todos los ilustrados del mundo occidental a fines de siglo, ha perdido su dominio sobre los estudios literarios. Y hace mucho que la crítica literaria ha dejado de buscar a través de los textos literarios un mensaje moral y humano»¹⁴.

Pero en la actualidad hay un planteo distinto. Se han agotado, irremisiblemente, las ideologías que pretendieron encerrar en categorías intemporales y esquemas abstractos, el dinamismo de la realidad humana. Ha regresado la importancia de la historia y con ella, el interés por los procesos

¹³ Una notable excepción es la del argentino Enrique Anderson Imbert, cuya *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954 (múltiples ediciones desde entonces), es una obra que seguramente hubiera complacido a Henríquez Ureña. Vale lo mismo para muchos trabajos de otro argentino, Emilio Carilla.

¹⁴ Jean Franco, «El humanismo de Pedro Henríquez Ureña» (*Aula*, Santo Domingo, 24, Ene-Mar. 1978, 61).

a través de los cuales el hombre pugna por su perfección, aunque sea lejana y aun utópica.

Otro factor importante que hay que tener en cuenta, es que la obra de Henríquez Ureña, dispersa como la de otros escritores hispanoamericanos, no fue de fácil acceso. Pero esta circunstancia fue cambiando. Después de *Plenitud de América* (1952) y *Ensayos en busca de nuestra expresión* (1952), editados por Javier Fernández, Emma Susana Speratti Piñero publicó la utilísima *Obra crítica* (1960) y Alfredo Roggiano *Pedro Henríquez Ureña y los Estados Unidos* (1961), primero de los muchos estudios que dedicó a su maestro y que culminan con *Pedro Henríquez Ureña en México* (1989). Trabajos de Emilio Carilla, Enrique Anderson Imbert, de Juan Jacobo de Lara, y la edición de las *Obras completas* (1976-1980) y el *Epistolario íntimo* (1981-1983), con Alfonso Reyes —felizmente corregido en la edición de José Luis Martínez en 1986—, las *Memorias y Diario* (1989), editadas por Enrique Zuleta Álvarez; *La utopía de América* (1978), de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, autor, además, de estudios decisivos sobre el tema; material, en suma, que ha permitido el reencuentro con este gran crítico olvidado en la mejor de sus lecciones, la que surge de su lectura y estudio.

Su obra crítica, a pesar de su fragmentarismo, estaba animada por una fuerza interior que cohesionaba y daba sentido a todos sus esfuerzos. Henríquez Ureña tenía un concepto peculiar de la crítica literaria. Sobrio, parco en gestos y palabras pero pródigo en ideas constructivas, Henríquez Ureña no practicó la crítica acerba y punzante que suele gustar a muchos lectores. No se ocupaba de los libros malos, porque pensaba que éstos se anulan solos pero jamás fue indiferente en materia intelectual y moral. Riguroso y exigente en la probidad de las investigaciones, en el manejo de los textos y en la expresión conceptual del pensamiento, veía la literatura dentro de un proceso cultural que integraba los valores estéticos con los éticos. Pensaba que, de ese modo, respondía a la mejor tradición del humanismo hispánico que, arraigado en América continuaba con la persecución de la utopía, como él llamaba a la búsqueda de la perfección en la belleza y en la moral.

Henríquez Ureña comenzó como ensayista y periodista literario y derivó luego a la investigación filológica, lingüística, histórica y literaria especializada y a la enseñanza universitaria, donde derramó, generosamente, sus mejores años y fervores. Primero se lo leyó como escritor y luego se lo apreció, más por su labor de maestro y animador en la búsqueda de la expresión literaria que por su unión de la crítica con el proceso de realización histórica hispanoamericana, de la cual, como dice Gutiérrez Girardot¹⁵, no hemos sacado aún todo lo que encierra su rica virtualidad. Al volcarse en la docencia, las conferencias y las empresas culturales, se desdibujó

¹⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. «Pedro Henríquez Ureña». En: *Pedro Henríquez Ureña, La utopía de América; Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, XXV. Cfr. del mismo autor: «La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: Promesa y desafío», en su: *Aproximaciones. Ensayos*. Bogotá, Procultura, 1986, 65-86 y «El ensayo posmodernista; Pedro Henríquez Ureña», en su *Hispanoamérica...*, ya cit., 144-158.

su perfil de crítico literario, circunstancia que explica la complejidad en la recepción de su pensamiento.

Desde un punto de vista actual, en la crítica literaria de Henríquez Ureña se sostiene el valor de todas sus conclusiones en torno a épocas, movimientos, autores y obras. Las investigaciones que se han realizado posteriormente sobre los mismos asuntos que él estudió, han cambiado poquísimos los resultados que obtuvo. A lo más han agregado algunos matices que no van más allá de donde él llegó. Sus juicios críticos, sobre todo, se conservan incólumes y su valor reverdece cuanto más los ahondamos y reflexionamos sobre ellos. Por último, y en épocas de crisis, la unión de la crítica literaria con una visión de la historia y del deber intelectual y moral, integradas en la búsqueda de la expresión de Hispanoamérica, mantienen una vigencia permanente y ejemplar.

Enrique Zuleta Álvarez

